

HENRY D. THOREAU

PISAR LA TIERRA CON LIBERTAD

TEXTOS
SELECCIONADOS

*Prólogo de
Toni Montesinos*

PAIDÓS

HENRY D. THOREAU

**PISAR LA TIERRA
CON LIBERTAD**

Textos seleccionados

Prólogo de Toni Montesinos

Traducción de Pablo Hermida

PAIDÓS Inmortales

SUMARIO

Nota a la edición.....	9
Prólogo. El pensador por antonomasia del siglo XXI	13
Desobediencia civil (1849)	25
Walden (1854)	61
Leyes superiores	63
Economía.....	65
Dónde vivía y para qué	73
Conclusión.....	95
Caminar (1862)	99

NOTA A LA EDICIÓN

Henry David Thoreau es, aún hoy, un referente imprescindible para quienes buscan formas de vida más coherentes, más libres, menos alienadas. Clásico incómodo, su pensamiento sigue interpelándonos con fuerza por su defensa radical de la conciencia individual, su amor por la naturaleza y su rechazo frontal a las injusticias. Leerlo es escuchar a alguien que no acepta la sociedad tal como es, y que convierte la rebeldía tranquila en una forma de estar en el mundo.

Filósofo, naturalista, escritor y, sobre todo, inconformista, Thoreau nació en Concord (Massachusetts) en 1817 y estudió en Harvard, aunque pronto dejó claro que lo suyo no era la vida académica, ni tampoco la vida comercial ni política tal como su tiempo las concebía. Más bien, su vocación fue otra: la de ser un testigo lúcido y radicalmente honesto que se aparta para observar mejor y escribe para remover conciencias. Figura central del transcendent-

lismo estadounidense, estuvo profundamente influido por su amistad con Ralph Waldo Emerson, con quien compartió la idea de que la verdad se encuentra en la experiencia directa con la naturaleza y en la vida sencilla, no en los dogmas ni en las instituciones. Pero Thoreau fue más allá: donde Emerson reflexionaba, él experimentaba.

Ese impulso le llevó a retirarse durante dos años, dos meses y dos días a una cabaña construida por él mismo junto al lago Walden, a las afueras de Concord, en un terreno propiedad de su amigo Emerson. De esa experiencia nacería *Walden o la vida en los bosques*, un libro inclasificable—diario personal, tratado filosófico, poema a la autosuficiencia— en el que nos propone una vida más atenta, menos dependiente del consumo y más en sintonía con los ritmos de la naturaleza. Su retiro no fue una evasión, sino una declaración de principios: «Fui a los bosques porque deseaba vivir deliberadamente», escribe. Y con ello formula una consigna vital que sigue teniendo sentido en nuestra acelerada época.

Pero Thoreau no se limitó a la contemplación bucólica. En 1846 se negó a pagar el impuesto que financiaba la guerra de Estados Unidos contra México y la expansión de la esclavitud, lo que le llevó brevemente a la cárcel. De ahí nacería *Desobediencia civil*, un breve ensayo que ha influido profundamente en movimientos de resistencia pacífica en todo el mundo. Gandhi, Martin Luther King y tantos otros encontrarán en sus palabras una guía moral: la idea de que el individuo tiene el deber de desobedecer las leyes injustas y no colaborar con gobiernos inmorales, aunque ello implique sacrificio personal.

Naturalista riguroso, Thoreau dedicó buena parte de

su vida a observar la flora y la fauna de su entorno con una mezcla de rigor científico y sensibilidad poética. Anotaba con precisión los ciclos de las estaciones, el comportamiento de los animales y el crecimiento de las plantas. Para él, la naturaleza no era un decorado, sino una maestra silenciosa. Al mismo tiempo, abogaba por abandonar el materialismo y adoptar una forma de vida más consciente, que nos permitiera ser y sentir, eligiendo libremente a qué destinar nuestro tiempo.

Con ese espíritu de atención plena y conexión con lo esencial escribió *Caminar*, un ensayo en forma de diario donde expuso la filosofía del caminar: un modo de conocimiento y liberación interior. En él insta a explorar los lugares más remotos, pisar caminos y bosques para despejar la mente y reencontrarse con uno mismo. Thoreau afirma: «Sobre todo, no podemos permitirnos el lujo de no vivir en el presente». En un momento en que ni siquiera se hablaba de mindfulness, ya instaba a poner la mirada y la atención en el aquí y el ahora. Sus diarios, en gran parte inéditos en vida, revelan a un escritor de una claridad y sensibilidad excepcionales.

Murió joven, a los cuarenta y cuatro años, a causa de la tuberculosis. En sus últimos días, cuando un familiar le preguntó si ya había hecho las paces con Dios, respondió con ironía: «No sabía que estuviéramos peleados». Hasta el final, mantuvo esa mezcla de ironía serena y convicción firme que caracteriza su pensamiento.

Este volumen —breve pero representativo— reúne tres de sus textos fundamentales: *Desobediencia civil*, *Caminar* y una selección de fragmentos de *Walden*, centrados en la vida deliberada, la autosuficiencia y la crítica a las con-

venciones sociales. En conjunto, forman un itinerario coherente por el corazón de su pensamiento: una invitación a resistir, a observar, a caminar sin prisa y a vivir, en definitiva, de otra manera.

PRÓLOGO

EL PENSADOR POR ANTONOMASIA DEL SIGLO XXI

por Toni Montesinos

A unos veinticinco kilómetros al oeste de Boston se halla el pueblo de Concord, que durante varias décadas del siglo XIX se convirtió en un referente para la intelectualidad de los Estados Unidos. En esa localidad nació, el 12 de julio de 1817, Henry David Thoreau, autor de libros de género inclasificable por su mezcla de crónica viajera, observación naturalista y reflexión literaria. Entre ellos, *Walden* (1854).

Fue en los bosques colindantes de esta villa del estado de Massachusetts donde Thoreau se construyó una casa para llevar a cabo su experimento: vivir frente a la laguna de Walden durante dos años, dos meses y dos días (de 1845 a 1847), con el fin de entrenar los «sentidos»; con ello captó, de forma voluntariamente intuitiva —la intuición constituyó para él la «sabiduría primigenia»—, lo que la naturaleza podía enseñarle para después trasladarlo a unas páginas en las que habla de la flora, de la fauna, del entorno y de sus vivencias allí, pero también del trabajo y el ocio, la educación, el amor, la amistad...

Para él, la mirada obsesiva hacia el dinero y el alejamiento de la naturaleza dificultan el verdadero progreso: conocerse y vivir asumiendo la realidad tanto como criticándola. Por ello lanza esta inolvidable idea que merece ser releída en cada despertar: «Por mediocre que sea vuestra vida, aceptadla y vividla; no la esquivéis ni la denostéis. No es tan mala como vosotros. Parece más pobre cuando más ricos sois. Quien a todo le saca punta encontrará faltas incluso en el paraíso. Amad vuestra vida por pobre que sea. Tal vez tengáis una hora grata, conmovedora, gloriosa, incluso en un asilo».*

Sin embargo, hay quien se levanta y no está despierto, no sabe dónde está en realidad. Thoreau llama *dormidos* a todos aquellos que piensan que saben algo, que todo está en orden y, consecuentemente, siguen en la oscuridad pese a que ya haya amanecido. El sol no sale para ellos; en el caso de *Walden*, concretado en las gentes de Nueva Inglaterra, que viven una vida mezquina al quedarse en la superficie de las cosas, sin entender que el día a día trae consigo un pequeño gran milagro que hay que aprovechar, y no precisamente en torno a labores productivas de cara a la sociedad.

¡Despierta!, le dice por carta a un amigo, Harrison G. O. Blake, jugando con la rima fácil con su apellido: «Blake! Blake! Are you awake?», ¿está despierto? «¿Se da cuenta de lo gloriosa que es la mañana, de la irrepetible y esperada oportunidad que se les ofrece ahora de conseguir vida y sabiduría?».[†] No basta con despertarse; hay que seguir des-

* Thoreau, *Walden*, ed. y trad. Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Cátedra, Madrid, 2005, pág. 351.

† Thoreau, *Cartas a un buscador de sí mismo*, trad. Antonio García Maldonado, Errata Naturae, Madrid, 2012, pág. 118.

piertos durante el día; solo así es posible darnos cuenta de que la naturaleza nos está felicitando y de que estamos bendecidos, de que la mayor de las ganancias nos está esperando y no es la que piensan los demás. Sí, hablamos de aspirar a una «realidad más elevada», dice en *Walden*, dentro de su «Conclusión»: «Solo amanece el día para el que estamos despiertos». * Tener conciencia de ello nos acercará a la sabiduría, sin estar a merced de la alternancia de sombras y luces que muestra nuestro estado anímico.

La voz de Thoreau resuena continuamente en nosotros porque cuando habla de la vida en todos sus órdenes está hablando de nuestra vida actual, y sus consejos y críticas son vigentes, necesarios. Además, son un tipo de recomendaciones de carácter pragmático, al alcance, de una filosofía del arte de vivir. A este respecto es celeberrimo este fragmento del capítulo «Dónde vivía y para qué», de *Walden*: «Fui a los bosques porque deseaba vivir deliberadamente, afrontar solo los hechos esenciales de la vida y ver si lograba aprender lo que esta tenía que enseñarme, y no, llegado el momento de mi muerte, descubrir que no había vivido». †

Es lo mismo que el señor Keating, el bienhumorado personaje interpretado por Robin Williams en la película *El club de los poetas muertos*, les recita a sus alumnos para recordarles las sesiones poéticas en su juventud entre compañeros de colegio; lo mismo que verá el visitante de Concord siguiendo un sinuoso sendero al borde de la laguna, cuando llegue a la parte de bosque donde vivió Thoreau y

* Thoreau, «Walden (1854). Textos seleccionados», en *Pisar la tierra con libertad*, trad. Pablo Hermida, Paidós, Barcelona, 2026, pág. 89.

† Thoreau, «Walden (1854). Textos seleccionados», en *Pisar la tierra con libertad*, o. cit., pág. 76.

se encuentre con esas mismas palabras, escritas en un poste de madera clavado en la tierra.

Fue al final del primer verano allí cuando se le detuvo y encarceló (en julio de 1846) en la que es una de las condenas más breves y célebres de la historia. De camino a recoger un zapato del remendón, Thoreau se encontró con un recaudador de impuestos que le reclamó un pago y, al negarse —por no haber «reconocido la autoridad del estado que compra y vende hombres, mujeres y niños como ganado a las puertas de la cámara del senado»—, acabó pasando la noche en una celda. Se trató del castigo más dulce en los anales del ámbito penitenciario: colocar a un pensador, infinitamente libre por dentro, en un lugar donde se priva de libertad. El contraste entre lo que significaba la detención en sí y el hecho de que llevaba ya un año en el bosque frente a la laguna le inspiraría esta reflexión: «Había venido a los bosques con otros propósitos. Pero, dondequiera que vaya un hombre, los hombres le seguirán y sobarán con sus sórdidas instituciones y, si pueden, le forzarán a pertenecer a su desesperada sociedad filantrópica».*

En un estado semejante, ¿cómo reaccionar?; ¿discutiendo y resistiéndose a acatar la orden, incluso violentamente, o dejándose prender en paz absoluta? «Es cierto que podría haberme resistido por la fuerza con mayor o menor éxito, podría haberme vuelto “loco” contra la sociedad; pero prefería que la sociedad se volviera “loca” contra mí, pues ella era la parte desesperada»,[†] escribe. Sin em-

* Thoreau, *Walden*, o. cit., pág. 211.

† Thoreau, *Walden*, o. cit., págs. 211-212.

bargo, fue liberado al día siguiente, recogió su zapato y volvió a los bosques. Como si no hubiera pasado absolutamente nada. Así era la serenidad, la autoconfianza de Thoreau.

Como no podía ser de otra manera, semejante experiencia constituyó para Thoreau la oportunidad de redoblar sus ataques al gobierno estadounidense y al sistema injusto y desigual en el que vivía una sociedad que tenía esclavos; «y mientras examinaba las paredes de piedra maciza, de sesenta a noventa centímetros de espesor, la puerta de madera y hierro de treinta centímetros de grosor y las rejas de hierro por donde se filtraba la luz, no pude por menos que sorprenderme de la estupidez de aquella institución que me trataba como si no fuese más que carne, sangre y huesos destinados a la reclusión»,* escribió en «Desobediencia civil». No había de qué preocuparse, sino observar y pensar hasta alcanzar una relajada visión de lo que le estaba sucediendo: «Ni un solo momento me sentí confinado, y las paredes me parecían un gran desperdicio de piedra y mortero».† Unos muros que eran mucho más anchos y duros para aquellos ciudadanos que no podían ver que, fuera, en plena libertad y considerando el tipo de vida que llevaban, no podrían jamás ser tan libres como lo fue Thoreau aquel día en la cárcel.

Más de ciento cincuenta años han transcurrido desde el último aliento de este hombre que no pudo ver la abolición de la esclavitud en 1865; casi ciento ochenta años des-

* Thoreau, «Desobediencia civil (1849)», en *Pisar la tierra con libertad*, o. cit., pág. 39.

† Thoreau, «Desobediencia civil (1849)», en *Pisar la tierra con libertad*, o. cit., pág. 39.

de que se graduó en Harvard y empezó un diario que se publicaría en dieciséis tomos en 1906... Cómo ver ahora, pasado todo este tiempo, a Thoreau en el hoy, cuando al desobediente las leyes lo estrangulan hasta marginarlo y silenciarlo, cuando entrar en esa universidad de Cambridge implica tener un poder adquisitivo privilegiado; él, que prefería andar una semana hasta llegar a su destino que trabajar para ganar el dinero suficiente con el que pagar ese recorrido en tren.

¿Habría sido Thoreau la misma persona de haber nacido en, por ejemplo, la incipiente Manhattan, ciudad que por cierto detestaba? Sin duda, resulta imposible no relacionar Concord y su laguna y la confianza del escritor y hacedor de lápices, amén de otras curiosas ocupaciones con las que aprendió a ganarse el sustento, con el tempo al que invita ese pueblo a la hora de consagrarse a caminar y observar el entorno natural, siempre con la idea de no hipotecar un mañana con esperanzas furtivas y con la pretensión de «vivir en el presente, lanzarnos con cada ola, encontrar nuestra eternidad en cada momento»,* como escribe en su diario el 24 de abril de 1959.

Tras su larga temporada en la casa, de la que hoy existe una réplica exacta (cama, chimenea, escritorio, tres sillas, todo lo cual le costó 28 dólares, como apunta en el primer capítulo de *Walden*, «Economía») a la entrada del área de la laguna, donde asimismo se erigió una estatua en su honor, tras esos veintiséis meses, el que se definió a sí mismo como «inspector de ventiscas y diluvios» cree más a fondo

* Thoreau, *Escribir (una antología)*, ed. Javier Alcoriza, Antonio Casado da Rocha y Antonio Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2007, pág. 91.

en eliminar las necesidades autoimpuestas y vivir libre, cual «hijo de la niebla» (expresión tomada de su texto «Caminar»).

Con estas premisas a la hora de encarar cada nuevo día, Thoreau nos invita a ver que es posible lograr algo valioso partiendo de unos valores bien asentados. Y eso implica cuestionar la sociedad, la educación, la política, el arte, absolutamente todo: verse distinto para ver distinto lo demás; crear una vida nueva por fuera y por dentro. Sabe perfectamente que la paz interior reside en la búsqueda de los principios, como dijo su vecino Ralph Waldo Emerson, con quien coincidió en advertir la pobreza mental de sus conciudadanos quejicas, consumistas, sumisos ante el poder o el aborregamiento religioso.

Así, a la pregunta de cómo hay que vivir, que subyace a lo largo de la obra y la actitud de Thoreau, la respuesta sería: con sencillez, con sinceridad, congratulándose por las cosas ligeras que proporciona el entorno. De modo que los hombres le decepcionarán y buscará en la soledad de la naturaleza el alivio y la placidez. En un lugar solitario, la vida se simplifica. No existen los deseos, por los que tiene una indiferencia absoluta, ni tampoco un particular afán por adquirir conocimientos de la manera tradicional, de ahí que defienda en «Caminar» la opción de una «Ignorancia Útil, a la que llamaremos Conocimiento Bello»;^{*} no con el ánimo de privilegiar la ignorancia, sino más bien para desenmascarar pedanterías y demás vanidades que consideren útil esa «pretendida sabiduría» que, afirma sin

^{*} Thoreau, «Caminar (1862)», en *Pisar la tierra con libertad*, o. cit., pág. 129.

tapujos ni matices, muchas veces es tan desagradable como inútil.

Y es que la búsqueda del saber en Thoreau es intermitente, como él mismo reconoce, pero su curiosidad, constante. «Lo más elevado que podemos alcanzar no es el conocimiento, sino la empatía con inteligencia». * ¿No es eso lo preferible?, ¿que la actitud de querer conocer, la aptitud para adaptarse y evolucionar, estén más latentes que el mero hecho de almacenar saberes? Emerson prorrumpirá en estrados y ensayos señalando a la sociedad ignorante e indicando el tesoro que representa el ejercicio de la lectura para lograr, a partir del autodidactismo potencial que proyecta la página escrita, la independencia intelectual. Thoreau, en cambio, apenas disfrutará del aplauso de las intervenciones públicas, y colaborará en un pequeño periódico cuyo editor casi ni le publicaba sus escritos.

Su existencia y su camino, su destino, están en otra parte, en el constante movimiento del cuerpo y en el análisis de lo que le rodea. Por eso, en el libro dedicado a su travesía por los ríos Concord y Merrimack, viajando con su hermano en la barca que llamaron Musketaquid, explica cómo enfrentarse con la debida paciencia a escalar montañas difíciles mientras observa que hasta la gente de campo magnifica las dificultades que la naturaleza impone al caminante de los bosques, y añade la siguiente reflexión: «Como en la mayoría de males, la dificultad es imaginaria: ¿qué prisa hay? Si una persona perdida llegase a la conclusión de que, a fin de cuentas, no está perdida, de que no se

* Thoreau, «Caminar (1862)», en *Pisar la tierra con libertad*, o. cit., pág. 130.

ha alejado de sí misma, sino que se encuentra justo en el lugar en el que está, y que por ahora vivirá ahí; si cree que los lugares que lo han conocido son los que están perdidos, ¡cuánta inquietud y cuánto peligro se desvanecerían de un plumazo!». Y entonces viene el aforismo que daría sentido a su vida entera: «No estoy solo si estoy conmigo mismo».*

De ahí se desprende que nuestros males y dificultades son imaginarios: no existirían si tuviéramos una vida mucho más simple, pues a quien mira hacia la naturaleza ni siquiera le abordará la tristeza. El hombre de verdadero genio transita otros caminos, porque ni se vende ni se acomoda.

Thoreau nos envía continuamente estos mensajes que tienen que ver con edificar nuestra alma. Y el alma no necesita dinero. Para ejemplificarlo, habla de asuntos que se tratan siempre de manera positiva, pero que son irreales para el espíritu: al hablar de la fiebre del oro, dice que no hay mucha diferencia con ir a un casino de San Francisco, y que más vale trazar una galería hacia uno mismo, trabajar la mina interior que nos aleje de la idea de que la vida se reduce a lo crematístico. La posesión te poseerá a ti, del mismo modo que el ferrocarril te monta a ti y no tú al ferrocarril, pues te haces dependiente de cosas que te alejan de lo importante.

Y lo importante es vivir libre, aunque vea que a su alrededor nadie sabe hacerlo. Ser libre para Thoreau es ser dueño de tu propia vida, y por eso él va a rechazar a los

* Thoreau, *Musketaquid*, trad. Miguel Ros González, Errata Naturae, Madrid, 2014, pág. 175.

políticos que le obligan a pagar impuestos injustos o son mentirosos, inhumanos e hipócritas. Un gobierno es un órgano que actúa como un medio para que el pueblo ejecute su voluntad, pero el ciudadano se lava las manos para que decidan por él, lo que implica para el escritor cuestionar el concepto de democracia, hasta el punto de afirmar que el mejor gobierno es el que menos gobierna y que este debería ser un mero instrumento para la paz, nada más. Tenemos que ser seres humanos antes que ciudadanos, nos dice, y una vida sencilla y sin hacer caso a las convenciones es la llave para vernos de otra forma.

Esta mirada significará posicionarse también en contra de la prensa, a la que Thoreau desprecia por no rechazar las medidas esclavistas o por comer de su amo el poder, y critica asimismo esa necesidad nuestra de noticias, que no pasan de ser un entretenimiento y un chismorreo, dado que las verdaderas noticias están por la mañana y por la tarde, al pasear o al observar, al sentir la vida. Él no es católico, pero, al igual que Emerson, cree que, fundamentalmente, somos cristianos en el sentido de ser personas con la facultad de amar. Por este motivo denuncia lo lejos que están las iglesias y los predicadores, tan cobardes, de las verdaderas lecciones de los Evangelios. La primera de todas, claro, es la bondad. Pero es una bondad que se aleja de la blandenguería, puesto que hay que ser bueno para algo, aunque sin incurrir en alabar la filantropía. De hecho habla irónicamente de aquellos que dan el diez por ciento de sus ingresos para ayudar al pobre, cuando lo que deberían hacer es dar el noventa y nueve y solucionar el problema.

Realmente solo hay una senda que tomar: el triunfo de los principios personales tiene que venir antes que el de la

sociedad. Y esto pasa por tener fe en uno mismo y no en los adelantos técnicos, ya que la naturaleza siempre dará más satisfacciones que la ciencia y la tecnología. El verdadero progreso es la conducta auténtica, estar en paz. Dice: «Nuestras invenciones suelen ser hermosos juguetes que distraen la atención de las cosas serias. No son sino medios mejorados para un fin no mejorado, un fin que resultaba demasiado fácil alcanzar, como el ferrocarril que lleva a Boston o Nueva York». Y lo completa con una frase contundente, que cala hondo en nuestro hiperconectado y globalizado hoy: «Tenemos mucha prisa para construir un telégrafo magnético desde Maine hasta Texas, pero puede ser que Maine y Texas no tengan nada importante que comunicar».*

Con esta ansia de noticias, de buscar comodidades tecnológicas, de descansar todo en el consumo y la busca del dinero, el ser humano está muy lejos de elevarse, de trascenderse. Así, Thoreau nos está retratando como sociedad, poniéndonos un espejo para preguntarnos: ¿queremos ser lo que vemos? Esta humanidad sin sustancia verdadera, monótona, previsible, que tan pronto vive de las apariencias como ora en el altar de la especulación para conseguir bienes materiales, se convierte en obstáculo de sí misma: «Que los hombres sigan con autenticidad el camino que les indica su naturaleza y cultiven sus sentimientos morales, viviendo vidas independientes y virtuosas; que hagan de las riquezas medios para la existencia, nunca fines»,[†] advirtió en su discurso de graduación en Harvard College,

* Thoreau, *Walden*, o. cit., pág. 105.

† Citado por Javier Alcoriza, en su introducción a *Walden*, o. cit., pág. 44.

que tituló «El espíritu comercial de los tiempos modernos, considerando su influencia en el carácter político, moral y literario de una nación».

En realidad, nos viene avisando desde hace más de doscientos años, pero es decisión nuestra que algún día lo escuchemos de verdad y concluyamos que —por qué no—, como ya dijo en aquella alocución, pronunciada nada más cumplir veinte años de edad, el séptimo debería ser el día de labor en que el hombre se gane el pan con el sudor de su frente, y los otros seis, su descanso dominical para el alma y los sentidos.

Emerson, en su discurso fúnebre de Thoreau, muerto de tuberculosis el 6 de mayo de 1862 y enterrado en el cementerio de Sleepy Hollow, en Concord, afirmó: «El país no sabe todavía, ni en lo más mínimo, qué grande es el hijo que ha perdido». ¿Lo supo, lo sabe, lo sabrán alguna vez de verdad los Estados Unidos, el lector hispano o todos cuantos se acerquen a su obra y se expongan a descubrir y comprender la esencia de la vida para evitar decirse, en el instante de su muerte, que no han vivido?»